

reelección de Nixon que les confesó las maniobras sucias del presidente. No hay nada más lejano del detective del *bard boiled* que un periodista que, como Bob Woodward, toma cursos de Shakespeare.

Si uno lee *La estafa maestra*, el libro de Nayeli Roldán, Miriam Castillo y Manuel Ureste que detalló y destapó el escándalo que involucró a varias universidades públicas mexicanas, encontrará la siguiente frase en el prólogo de Daniel Moreno: “Es probable que uno de los peores empleos que se pueden conseguir en el sector público sea el de auditor superior de la Federación.” El texto emparenta al periodista —que documenta actos de corrupción sin ver consecuencias, pese a contar con múltiples pruebas— y al auditor —que conoce el acto de corrupción pero no puede hacer mucho para denunciarlo, pese a haber revisado cuentas y facturas durante meses—. Una noción similar aparece en *Tarjeta roja. El fraude más grande en la historia del deporte*, el libro de Ken Bensinger que revela el funcionamiento del sistema de corrupción de la FIFA de Chuck Blazer; el autor se emparenta —casi sin quererlo— con Steve Berryman, el agente responsable de iniciar la investigación: ambos son descritos en más de una ocasión mientras navegan en medio de un torrente de documentos legales y declaraciones fiscales, “miles de páginas”, según ellos mismos.

Estos detectives son también infatigables: Ronan Farrow, el encargado de destapar el historial de hostigamiento sexual de Harvey Weinstein y Les Moonves, ha admitido trabajar jornadas de dieciocho horas. Esta versión del detective, menos glamurosa, ha tenido también algunas representaciones cinematográficas, además de la de Robert Redford y Dustin Hoffman en *Todos los hombres del presidente* como Bob Woodward y Carl Bernstein: en *El lobo de Wall Street*, de Martin Scorsese, el agente del FBI Patrick Denham, encargado de vadear entre las finanzas fraudulentas de Jordan Belfort, habla del sudoroso trayecto de regreso a casa en metro mientras viste el mismo traje por tercer día consecutivo.

No hay culpa, por supuesto, en ninguna de las representaciones, ficticias o auténticas. Cada una es producto de su tiempo y sus circunstancias y sus inherentes desigualdades, y la comprensión cabal de cada obra deberá pasar por una necesaria contextualización. Los detectives idealistas y los detectives duros no son contraposiciones de los detectives reales, sino parte de una misma genealogía: como ya avizoraba Ricardo Piglia en aquel ensayo, todos los detectives son lectores atentos. Desde el incipiente detective decimonónico que rayaba papeles con grafito para encontrar letras hasta el detective contemporáneo que lee miles de páginas para encontrar las conexiones de la corrupción, pasando por el detective de novela negra que leía las relaciones sociales de la misma forma que las novelas *pulp*, la columna vertebral de la literatura policiaca —y del combate a la corrupción— parece

cimentarse no tanto en la capacidad de golpear hasta la intimidación a un testigo, sino en la capacidad de los investigadores de concentrar la mirada y escrutar el texto.

“El relato policial se estructura sobre el misterio de la riqueza”, escribe Piglia. “O mejor, de la corrupción, de la relación entre dinero y poder”, precisa. En el mundo real, son los contadores, los periodistas y los empleados honestos de la oficina de impuestos los que acometen la interminable misión de leer al mundo hasta develar sus tramas secretas. —

LUIS RESÉNDIZ es crítico de cine y ensayista. Debolsillo publicó este año *Cinécdoque*, una colección de ensayos cinéfilos.

NI LEY NI ORDEN

IVÁN FARÍAS

Los primeros ejemplos del género policiaco se alimentaban no de la corrupción de la policía sino de su ineficiencia. Las historias protagonizadas por Sherlock Holmes, por ejemplo, se burlan en buena medida de la incapacidad y los métodos deductivos de Scotland Yard. El llorón y torpe inspector Lestrade representaba la lentitud y pocas luces de un servidor público que tenía que doblar las manos frente al investigador privado. Con el endurecimiento del género en Estados Unidos, la policía se convirtió más en parte del problema de la corrupción que de su remedio. Hay por lo menos tres obras maestras del género que ilustran bien ese papel.

1. Como explica Ricardo Piglia, en las primeras historias detectivescas el mal estaba representado siempre por el *otro*: “El primer sospechoso es el otro social, aquel que pertenece a la minoría que rodea al mundo blanco, dentro del cual se están desarrollando las versiones paranoicas de lo que se supone es la amenaza.”

Dashiell Hammett sabía que no existía ese otro, sino un nosotros. Que policía, gobierno, millonarios y pueblo llano estaban metidos hasta las narices en la podredumbre. En palabras del periodista Allen Barra: “En el mundo real, como sabemos, la responsabilidad del crimen se extiende tan lejos en la sociedad que nadie está libre de culpa. No existe ningún final nítido que nos haga sentir que el bien ha triunfado sobre el mal.”

Así sucede en la obra cumbre de Hammett, *Cosecha roja*, en la que un detective sin nombre arriba al pueblo de Poisonville, contratado por un periodista, que aparecerá muerto durante las primeras páginas de la novela. En el pueblo, hay cuatro señores principales que lo mantienen en la miseria. Uno es Noonan, el policía que maneja la ley a su mayor conveniencia, lleva a cabo violentos interrogatorios y recibe dinero por todo y por todos. Otros dos son Pete el Finlandés, quien se dedica al contrabando de alcohol, y Lew Yard, que dirige los robos y mantiene en nómina a varios matones. Y claro, el millonario Elihu Willsson, dueño *de facto* de la ciudad minera, que quiere vengar la muerte de su hijo periodista.

El gobierno federal ha dejado a su suerte a Poisonville, por lo que la población está a la merced de ese cuarteto. ¿Tal vez senadores y gobernadores están comprados? No lo sabemos pero podemos intuir que sí. En estas circunstancias —en las que todo está conectado e incluso uno de los corruptos te contrata para realizar una investigación— el héroe no puede ser sino amoral, tener una idea retorcida de la justicia y considerar al individualismo como su principal arma.

2. A diferencia de los personajes duros y utilitarios de Hammett, Raymond Chandler creó con Philip Marlowe el arquetipo del detective *puro*: aquel que, a pesar de cobrar por hora —más gastos—, desprecia el dinero. En *El largo adiós*, un hombre adinerado de nombre Terry Lennox se aprovecha de la amistad y nobleza de Marlowe para que este lo ayude a escapar de las acusaciones del asesinato de su esposa. De ese modo, la historia comienza con una acción que, de alguna manera, obstruye la justicia. En el universo de la novela, la corrupción huele bien, se viste con ropa elegante, tiene buenas maneras y sabe de vinos, un ambiente por completo opuesto a la integridad sin dobleces de Marlowe. “Idle Valley era un lugar perfecto para vivir”, confiesa el detective. “Gente simpática con lindas casas, lindos autos, lindos perros, posiblemente hasta lindos niños. Pero lo que deseaba un hombre llamado Marlowe era irse de ahí y rápido.”

Al detective quieren utilizarlo tanto el suegro de Lennox, que le exige parar sus investigaciones, como Roger Wade, el escritor alcohólico que parece recuperar su talento con la cercanía del investigador. Ambos representan a la élite blanca de California, esa que no sabe de amistad ni lealtad, y que tiene en sus bolsillos a la policía. La imagen que presenta Chandler de los guardianes del orden no es menos detestable, porque resulta de una mezcla de corrupción e ineficiencia. Del *sheriff* Petersen afirma: “En realidad nunca interrogaba a nadie. No hubiera sabido cómo hacerlo. Se limitaba a sentarse detrás de la mesa de su despacho mirando con severidad al sospechoso y ofreciendo su

perfil a la cámara. Se disparaban los flashes, los fotógrafos daban las gracias al *sheriff* respetuosamente y se retiraba al sospechoso, que no había llegado a abrir la boca, mientras Petersen regresaba a su rancho en el valle de San Fernando.”

En *El largo adiós*, la función de la policía es mantener todo tranquilo y esconder la suciedad bajo la alfombra cada que sea necesario. “El trabajo policial es maravilloso, elevado, ideal”, admite el detective para contrastar las aspiraciones de justicia con los hechos. “La única cosa que tiene de malo es que los policías están en él.”

3. El padre del escritor Jim Thompson fue *sheriff* en los polvosos y terribles parajes de Oklahoma, Nebraska y Texas, donde siempre estuvo a la caza de problemas. Meterse en problemas es algo que heredaría su hijo.

Sin duda, Nick Corey —protagonista de la novela *1280 almas, sheriff*, amo y señor de Potts County— está basado en su padre y en algunos de los amigos de este. Aunque parezca un estúpido, en consonancia con el estereotipo del policía incapaz, se trata solo de una máscara que le permite a Corey lograr sus objetivos. En aquellas zonas a medio camino entre las grandes ciudades, que poseen todos sus problemas y ninguna de sus comodidades, el portador de la ley se revela como una especie de cacique que otorga justicia a conveniencia. Corey logra un extraño equilibrio en el pueblo, porque permite ciertos delitos y castiga otros. Cuando el fiscal de distrito Robert Lee Jefferson lo encara por su falta de arrestos, factor que lo llevaría a perder la elección siguiente, Corey le revira aseverando que permite ciertos delitos —como la embriaguez, el juego y la prostitución— porque todo mundo los comete. Y le advierte: si detuviera a los infractores acabaría encerrando a todo el pueblo. “Según la ley”, explica Corey, “yo debería estar al acecho de los grandes y los poderosos, de los tipos que realmente gobiernan este lugar. Pero no se me permite tocarlos, así que me veo forzado a equilibrar la situación siendo dos veces implacable con la basura blanca, los negros y los individuos como tú que tienen el cerebro perdido allá en el culo porque no encuentran otro sitio donde utilizarlo”.

La tranquilidad con la que Corey vive su vida depende de que el pueblo sea por completo corrupto. Por eso, la presencia de gente con una moral más o menos alta representa para él un problema: están, por ejemplo, Amy Mason, la mujer que desea, y Sam Gaddis, el candidato a fiscal. Es interesante que, cuando parece que sus mentiras y crímenes impunes terminarán por sepultarlo, la novela se defina en una suerte de delirio: una locura en la que el protagonista sigue sintiéndose señor y dador de la justicia. —